

吉備津の釜



El caldero de Kibitsu

Ueda Akinari

Traducción de Hiram Ruvalcaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

El caldero de Kibitsu

El caldero de Kibitsu

吉備津の釜

Ueda Akinari

Traducción de Hiram Ruvalcaba

Universidad Autónoma de Nuevo León

Primera edición UANL, 2021

Rogelio G. Garza Rivera
Rector
Santos Guzmán López
Secretario General
Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura
Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Ueda Akinari
Este cuento fue recuperado de koten.net

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta. Monterrey, Nuevo León, México,
C.P. 64000.
Teléfono: 818329 4111.
e-mail: editorial.uanl@uanl.mx
Página web: editorialuniversitaria.uanl.mx

.....
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluido el diseño tipográfico y de portada-,
sin el permiso por escrito del editor.
.....

Impreso en Monterrey, México.

Printed in Monterrey, Mexico



“ Nada es más difícil de complacer que una mujer celosa, pero cuando uno envejece va conociendo sus ventajas”. ¿De quién es este dicho? Cuando el daño que provoca la mujer es pequeño, interfiere con las labores del hombre y las arruina, algo que difícilmente escapa de los rumores de los vecinos. Pero cuando es grande, es capaz de perder a su familia y destruir reinos enteros, volviéndose una burla para todo el mundo. Desde la antigüedad, incontables personas han sufrido los males de tal veneno. Aquéllas que, al morir, den rienda suelta a su rencor convirtiéndose en serpientes vengativas o en relámpagos, no descansarán sin importar el castigo que reciban. Pero estos casos son raros. Un hombre puede instruir a su mujer para escapar la aflicción. Se dice que “lo que controla a un pájaro es la voluntad del hombre, y lo que controla a una esposa es la majestad del marido”.

En verdad que es así.

En la aldea de Niise, ubicada en la provincia de Kibi, condado de Kaya, vivió un hombre llamado Izawa Shōdayū. Su abuelo trabajó al servicio del clan Akamatsu de Harima, pero en el primer año de la rebelión de Kakitsu, abandonó la mansión y vino a este sitio, en donde tres generaciones seguidas de Shōdayū prosperaron, arando en la primavera y cosechando en el otoño. Aunque vivían en medio de riquezas, su hijo, Shōtarō, despreciaba la agricultura y dedicó su vida al camino del alcohol y la lujuria, desobedeciendo los deseos de su padre. Los padres se lamentaban por esto, y hablaban en secreto:

—Si pudiéramos encontrar a una hermosa muchacha de una buena familia, seguramente cambiaría su comportamiento.

Pensando así, se dedicaron a buscar en todos los rincones del país hasta que un casamentero habló con ellos.

—Isora, la hija del sacerdote principal de Kibisu, Kasada Miki, es una muchacha muy elegante que escucha con devoción el consejo de sus padres. Además, compone poemas y puede tocar el *koto* con gran habilidad. Dado que pertenece al linaje de Kibi no Kamowake, está claro que es de buena familia, sería una espléndida pareja para tu hijo. Es mi mayor consejo que este matrimonio quede arreglado. ¿Qué piensa usted?

Shōdayū estaba muy complacido.



—Has traído grandes noticias. Una unión así traería mil años de fortuna para mi casa. Pero me temo que los Kasada son una familia muy noble de esta provincia, y nosotros no somos más que campesinos. La diferencia de clases es demasiada, ¿cómo podrían aceptar una propuesta así de nosotros?

El viejo casamentero sonrió.

—Eres demasiado modesto. Yo me encargaré de esto, estoy seguro de que pronto estaremos celebrando juntos.

Dicho esto fue a hablar con Kasada y, tal como había previsto, él también estuvo contento con la propuesta. Cuando se la comentó a su esposa, ella le dijo:

—Desde que nuestra hija cumplió diecisiete años mi corazón no ha tenido descanso, pues me preocupaba no encontrar un buen hombre para ella. Elige un día tan rápido como puedas, y prepara los regalos esponsales.

Dado que la vio tan emocionada, accedieron pronto al compromiso y se lo hicieron saber a Izawa. Las familias intercambiaron jubilosos regalos, eligieron un día favorable, y se prepararon para la ceremonia de bodas.

Para rendir homenaje a los dioses de la felicidad, Kasada reunió a un grupo de sacerdotes y doncellas de su santuario para llevar a cabo



una ofrenda de agua. Según dicta la costumbre del Santuario de Kibitsu, los devotos presentan grandes regalos, le ofrecen agua caliente al dios, y buscan predicción para su buena o mala fortuna. Cuando las doncellas terminan sus plegarias rituales y el agua empieza a hervir, el caldero mugirá como el ganado cuando las predicciones sean buenas. Si son malas, no hará sonido alguno. A esto se le llama la Purificación del Caldero de Kibitsu. Cuando la familia Kasada llevó a cabo el ritual, el caldero no produjo ningún sonido, ni siquiera el de los diminutos insectos escondidos entre la hierba otoñal. ¿Sería que el dios no aceptaba sus plegarias?

Esto preocupó en gran manera a Kasada, quien acudió a su esposa para consultarla sobre el augurio. Pero ella se mantuvo optimista:

—Seguro fue que los cuerpos de los sacerdotes eran impuros. Por eso el caldero no hizo ningún sonido. ¿No has escuchado el dicho de que cuando los regalos esponsales se han entregado, el listón rojo se ata y el compromiso jamás debe romperse, incluso si las familias son enemigas o viven en tierras muy lejanas? Esto es especialmente cierto en el caso de los Izawa. He oído que son una familia muy estricta, descendientes de hombres que sabían distinguir muy bien el lado puntiagudo de una espada. Estoy segura de que no aceptarían nuestro rechazo ahora. Además, desde que se enteró de que el marido

es bastante apuesto, nuestra hija está contando los días. No quiero ni imaginar lo que haría si escuchara esta conversación tan agorera. No vale la pena lamentarnos.

Cada uno de los argumentos usados para convencer a su marido se debían, sin duda, a su condición como mujer. Además, dado que Kasada estaba de acuerdo con la unión, hizo caso omiso a sus dudas y decidió escucharla. Una vez que completaron las preparaciones, las dos familias se reunieron y felicitaron a la feliz pareja, deseándoles una vida larga y próspera.

Después de esto, Isora, la hija de Kasada, se fue a vivir con los Izawa y les sirvió con todo su corazón. Siempre era la primera en levantarse y la última en irse a dormir, ayudando en todo lo que podía a sus suegros y adecuándose al carácter peculiar de su marido. Los ancianos Izawa estaban muy contentos con su admirable devoción. El marido también estaba conmovido por su fidelidad y su vida como marido y mujer era feliz. No obstante, Shōtaro no pudo escapar de su naturaleza disoluta y caprichosa. En cierto punto, empezó a enamorarse de una prostituta llamada Sode, en una casa de placer en Tomonotsu. Finalmente, pagó a sus dueños para terminar su contrato y la llevó a vivir a una casa en un pueblo cercano, en donde solía quedarse varios días seguidos sin regresar a casa.

Resentida, Isora solía protestar contra él, a veces usando el enojo de sus parientes como una excusa, y a veces simplemente lamentando la volubilidad de su marido. Pero de nada le servían sus lamentos, pues sólo lograba que Shōtaro se alejara aún más, llegando a pasar hasta un mes fuera de casa. Shōdayū también reprendió a su hijo y lo encerró en un cuarto, pues no podía mantenerse al margen ante la devoción de Isora. Pero esto sólo la angustió más, y empezó a comportarse más fervorosa que nunca, esperando esperanzadamente a su marido día y noche y enviando, en secreto, varias cosas a Sode.

Cierto día que su padre estaba fuera de casa, Shōtarō intentó convencer a Isora.

—Cuando veo tu fervor hacia mí, mi corazón se llena de remordimiento por mis faltas. Enviaré a aquella mujer de regreso a su casa, en la llanura de Inami, en Harima, y lucharé para calmar la ira de mi padre. Debes entender que me dio mucha lástima su situación tan miserable. Siendo ella huérfana, estoy seguro de que si la abandono regresará a algún puerto para entretener a los hombres. Escuché que en la capital la gente es más compasiva, así que planeo llevarla allá para encontrarle un lugar en la casa de un hombre influyente, incluso si esto significara dejarla en el mismo estado miserable. Debe de estar muy mal ahora, conmigo aquí, encerrado. ¿Quién verá que no le falte

ropa para el camino, o dinero para sus gastos? ¿Podrías ayudarla tú?

Isora respondió alegremente a sus dulces palabras. Vendió en secreto su ropa y accesorios, y usó alguna excusa para pedirle dinero prestado a su suegra. Después, le entregó todo a Shōtarō, pero cuando éste tuvo el dinero, escapó de la casa y huyó con Sode hacia la capital.

Sabiéndose engañada de una manera tan vil, Isora se vio abrumada por su resentimiento y aflicción y, pronto, cayó muy enferma. Los Izawa y los Kasada odiaron a Shōtarō y sintieron mucha pena por ella. Con fervor esperaron que el tratamiento médico le hiciera algún bien, pero estaba muy debilitada, y ni siquiera era capaz de engullir la pasta de avena. Fue desfalleciendo poco a poco hasta que se agotaron las esperanzas.

En la villa de Arai, ubicada en el distrito de Inami, en la provincia de Harima, hubo un hombre llamado Hikoroku, quien era primo de Sode. Fue a él a quien primero llamaron los fugitivos, y se detuvieron en su casa para descansar sus pies. Hikoroku le dijo a Shōtarō.

—Incluso en la capital no toda la gente es de fiarse. Es mejor que se queden aquí. Compartiremos nuestro arroz y juntos hallaremos una forma de salir adelante.



Shōtarō se conmovió por aquella bienvenida, y decidió que tanto él como Sode se quedarían en el lugar. Hikoroku, regocijado por sus nuevos compañeros, rentó la casita que se hallaba a un costado de la suya para que la ocuparan. Por desgracia, en poco tiempo Sode pareció haberse contagiado de una gripe. Lo que al principio juzgaban como los síntomas de una enfermedad sencilla, empeoró tanto que pensaron que había perdido la cabeza, como si hubiera sido poseída por algún espíritu maligno. Angustiado por el desastre que había caído sobre ellos a tan sólo unos días de su llegada, Shōtarō se olvidó incluso de comer mientras velaba por la salud de Sode.

Ella gemía sin parar, agarrando su pecho como si algo la estuviera oprimiendo con fuerza. No obstante, apenas le bajaba la fiebre volvía a verse igual que siempre. ¿Podría ser obra de algún espíritu furioso? ¿Le habría ocurrido algo a la mujer que Shōtarō había abandonado en su aldea? Sintió una punzada en su corazón.

—Eso no puede ser. Yo he visto a mucha gente que sufre de fiebre. Cuando mejore, se olvidarán de todo esto, como si todo fuera un mal sueño —le decía Hikoroku, para animarlo.

Sus palabras de aliento eran reconfortantes; por desgracia, por más cuidados que tenían con la mujer, no mostraba ningún signo de

mejora. Y al séptimo día Sode murió. Mirando al cielo y dando golpes en la tierra, Shōtarō gritaba como un desquiciado, diciendo que quería acompañarla en su muerte. Hikoroku trató de reconfortarlo.

—No hay nada más que podamos hacer —diciendo esto, llevaron sus restos a un campo cercano y la convirtieron en humo. Reunieron sus huesos y prepararon una tumba, con sus tablillas memoriales. Llamaron a un sacerdote y juntos rezaron por su iluminación en la siguiente vida.

Ahora Shōtarō anhelaba la Tierra de los Muertos. Mirando al cielo, pensaba con añoranza en su tierra natal, pero ésta le parecía aún más distante que el inframundo. No había ninguna barca frente a él ni algún camino capaz de llevarlo de regreso. Pasaba el día entero recostado en la cama y cada noche iba a visitar la tumba, rodeada ahora por la densidad del pasto y por el canto de los insectos que denunciaban su abandono. Y justo cuando pensaba que la soledad del otoño era sólo para él, vio la misma angustia en otro sitio debajo de las nubes, pues encontró una nueva tumba cerca de la suya, y a una mujer lastimera que le llevaba una ofrenda de agua y flores.

—Qué triste que una mujer tan joven como tú esté deambulando en este campo desolado.

Ella lo miró un instante.



—Vengo cada noche, pero tú llegas antes que yo. De seguro tuviste que despedirte de alguien que querías mucho. Siento mucha pena por ti —había lágrimas bajando de sus ojos.

—Así es, hace diez días me despedí de mi amada esposa, y ahora me siento solo y sin esperanza. Este sitio es mi único consuelo, supongo que para ti es igual.

—Ésta es la tumba de mi señor —siguió la mujer—, lo enterramos aquí hace unos días. Traigo incienso y flores en lugar de la señora viuda, quien está tan devastada que cayó en cama.

—Es normal que se haya enfermado —respondió Shōtarō—. ¿Quién era el muerto? ¿De dónde era?

La mujer tomó un segundo antes de responder.

—Mi señor era de una familia muy importante en esta provincia, pero perdió todas sus posesiones por culpa de una calumnia y vino a vivir miserablemente en este rincón del campo. La belleza de mi señora es reconocida incluso en las provincias vecinas; fue por culpa suya que mi amo perdió su casa y sus tierras.

El corazón de Shōtarō dio un vuelco ante esta revelación.

—¿La vivienda solitaria de tu ama se encuentra cerca de aquí? Quizás podría visitarla y aliviar un poco nuestro dolor mientras ha-

blamos de los sentimientos que compartimos. Por favor, llévame contigo.

—La casa está muy cerca del camino por el que llegaste. Mi ama no tiene nadie que la consuele; por favor, visítala cuantas veces quieras. Debe estar ansiosa por hablar con alguien.

Diciendo esto, se levantó y lo guio por el camino.

Poco después llegaron a un pequeño sendero y, no muy lejos de ahí, encontraron una casa de paja en medio de un bosque sombrío. La luz de la luna en cuarto creciente se filtraba a través de la triste puerta de bambú, y se derramaba sobre un jardín exiguo y maltratado. La débil luz de una vela brillaba apenas a través de una puerta de papel.

—Por favor, espere aquí —dijo la muchacha, y entró en el recinto.

Parado junto a un pequeño pozo cubierto de musgo, Shōtarō se asomó al interior de la casa. A través del breve espacio que había en la puerta corrediza, vio el brillo de unos estantes negros apenas iluminados por una llama temblorosa. Su emoción iba en aumento y la muchacha no tardó en volver.

—Le he dicho a mi ama de su visita, ella está ubicada en el otro extremo de la casa y me ha pedido que lo conduzca hasta allá. Pase por aquí.

Lo llevó a través del jardín. La puerta de un amplio cuarto de recepción estaba abierta apenas lo suficiente para dejar pasar a una persona. En el interior había un pequeño biombo plegable detrás del cual se asomaba lo que parecía ser un lecho. La mujer de la casa yacía en ese sitio.

Parado frente al biombo, Shōtarō la llamó:

—He escuchado que no sólo sufres un duelo, sino que además estás enferma. Yo también perdí hace poco a mi amada esposa y, creyendo que podríamos apoyarnos el uno al otro en nuestro dolor, he decidido visitarte.

La mujer movió el biombo ligeramente a un costado.

—Por fin volvemos a vernos, después de tanto tiempo —dijo—. Ahora podré pagarte toda tu crueldad.

Sorprendido, se asomó para verla con claridad: era Isora, se veía tal y como la había abandonado en su pueblo. Su rostro se veía desenchajado, sus ojos nublados eran aterradores y su mano pálida, fantasmal, apuntaba directamente hacia él. Gritando, Shōtarō colapsó en la habitación y perdió el conocimiento.

Despertó un par de horas después. Abrió sus ojos apenas un poco y se dio cuenta de que lo que antes le había parecido una casa, era

en realidad un salón Samadhi para la oración en medio del campo desolado. En el interior había una sola estatua del Buda, ennegrecida por el tiempo. Siguiendo los ladridos de los perros que le llegaron desde la villa lejana, corrió de regreso a casa y le contó a Hikoroku lo que había pasado.

—Lo más seguro es que te haya engañado un zorro —dijo Hikoroku—. Estos espíritus burlones se aprovechan de ti cuando tu ánimo está decaído. Una persona como tú, débil y azotada por la angustia, debe rezarle a los dioses y los budas para calmar el corazón. En la aldea de Toda, hay un venerable sabio del yin yang. Deberías ir con él para que te purifique y te dé algunos talismanes.

Condujo a Shōtarō con el sabio del yin yang y le explicaron por completo la situación. El maestro preparó su adivinación y le dijo.

—La desgracia se aproxima hacia ti y no es un asunto fácil. Primero, el espíritu vengativo tomó la vida de una mujer, pero ni así logró calmar su resentimiento. Tu propia vida podría terminar hoy por la noche, o mañana muy temprano. Dado que sólo han pasado siete días desde que aquel espíritu abandonó este mundo, deberás encerrarte durante cuarenta y dos días más, para controlar todos tus impulsos mundanos. Quizás si obedeces este consejo puedas salvar-

te; pero si te desvías del camino de la virtud, así sea por un instante, sellarás tu aciago destino.

El maestro tomó sus pinceles y, luego de decir esta advertencia, trazó diversos sellos y encantamientos en los brazos, piernas y espalda de Shōtarō. Finalmente, le entregó algunos talismanes escritos en cinabrio.

—Coloca éstos en cada una de las puertas y las ventanas de tu casa y encomiéndate a los budas —le indicó—. Y no lo olvides: tu vida está en peligro.

Shōtarō, que sentía al mismo tiempo alivio y terror, regresó a su casa y acomodó los talismanes en todas las puertas y ventanas. Entonces se encerró, procurando toda clase de restricciones. Aquella madrugada, escuchó una voz escalofriante.

—¡Cómo te odio! Colocaste conjuros en toda tu casa —clamaba. Pero esa noche no ocurrió nada más.

Aterrado, Shōtarō no fue capaz de dormir y, al amanecer, golpeó la pared que separaba su casa de la de Hikoroku, a quien le contó todo lo que había ocurrido.

Al entender la certeza de los designios del sabio del yin yang, Hikoroku decidió permanecer despierto también hasta la madrugada

de ese día. El viento entre el pinar rugió con tal violencia que parecía capaz de doblegar todo a su paso; la lluvia empezó a caer. Conforme aquella noche temible avanzaba, los dos hombres empezaron a llamarse el uno al otro, hablando a través de la pared, hasta que llegaron la Hora del Buey. Entonces, una luz carmín iluminó por completo la puerta de papel en la casa de Shōtarō:

—¡Ah, cómo te odio! ¡Hay talismanes aquí también! —dijo la voz, que sonaba aún más horrible que la noche anterior. La piel y el cabello de Shōtarō se erizaron al máximo y, nuevamente, se desmayó.

Cada amanecer, hablaba con Hikoroku acerca de la noche que habían pasado. Cuando anocheecía, añoraba la luz del sol: los días y las semanas se prolongaron en lo que parecieron mil años. Apenas llegaba la noche, el espíritu circundaba la casa o se subía al techo para gritar: su voz encerraba un horror que empeoraba gradualmente. Esto continuó así hasta la esperada noche cuarenta y dos.

Todo terminaría al amanecer, y por eso Shōtarō se hallaba especialmente comprometido con su abstinencia. Sin embargo, aquella noche pasó en una extraña normalidad y pronto empezó a ver los primeros rayos del amanecer. Sintió que se había despertado de una larga pesadilla.



Shōtarō llamó a Hikoroku, quien vino corriendo a la pared:

—¿Cómo te sientes?

—Por fin ha terminado mi encierro —respondió Shōtarō—. Hace tanto que no te veo, tengo muchos deseos de abrazarte y apaciguar mi corazón contándote todo lo que me ha pasado en estos días. Levántate, ahora saldré de mi casa.

Hikoroku, quien era un hombre imprudente, le respondió:

—Ven a mi casa, ¿qué podría pasar ahora?

Pero Hikoroku todavía no acababa de abrir su puerta corrediza cuando un grito espantoso se clavó en sus oídos y dobló sus piernas. Pensando que algo horrible le habría ocurrido a Shōtarō, tomó su hacha y salió a la calle. Apenas al salir, se dio cuenta de que la noche, que creían terminada, seguía inundándolo todo con su oscuridad. La luna lanzaba un destello pálido desde las alturas. El viento estaba helado. Y la puerta de Shōtarō yacía completamente abierta, pero él no se veía por ninguna parte.

¿Se habría escondido en el interior? Hikoroku corrió a ver, pero no había en toda la pieza un lugar donde esconderse. ¿Quizás estaba tirado en la calle? Hikoroku lo buscó inútilmente. ¿Qué había pasado con él?, se preguntó, intrigado y estremecido. Alzando una pequeña

antorcha, buscó en los alrededores, hasta que vio que, en la puerta de la entrada, había un rastro de sangre fresca que caía desde la puerta hasta el piso. A pesar de esto, no había un cadáver ni huesos a la vista. Con el reflejo de la luz de la luna, pudo notar algo en la orilla del alero. Se acercó con la linterna y encontró un moño de hombre colgado de aquel sitio, pero nada más. Su lástima y espanto iban más allá de lo que puede expresarse con papel y tinta. Cuando llegó la mañana, buscó también en los pueblos cercanos, pero nunca encontró rastro alguno de Shōtarō.

Le informó de lo anterior a los Izawa, quienes le comunicaron la terrible noticia a Kasada. Desde entonces se ha dicho que la certeza en el oráculo de los sabios del yin yang, y la exactitud en el mal augurio del caldero de Kibitsu, son en verdad preciosos y sagrados.





El caldero de Kibitsu, de Ueda Akinari, Traducción de Hiram Ruvalcaba, se generó en el mes de agosto, el cuidado de la edición estuvo a cargo de Editorial Universitaria, diseño de portada de Claudio Tamez Garza.

